

«avisar al Padre rector que cerrase todas las puertas del colegio; «pero estos sacrilegos las han derribado á hachazos. En la torre «de mi catedral habian colocado centinelas, imponiendo pena de «la vida al que se atreviese á tocar las campanas; y mi persona «no estaba menos rodeada de soldados, que ni aun en libertad «me dejaban para asomarme á la puerta. No cabe duda en que «hubiera expuesto mi carácter si hubiese tratado de seguir mi «inclinacion, que se reducía á acompañar á mis queridos Padres, «á sacudir el polvo de mis sandalias, y á dejar para siempre á «estos excomulgados.»

Ya la autoridad regia habia perdido, como la de la Iglesia, todo su prestigio, y la insurreccion se disponia á progresar con la mayor rapidez, cuando habiéndose propuesto el virey del Perú, marqués de Castel-Fuerte, extirpar de raíz este mal, convocó á los principales funcionarios de la Corona, y el 24 de abril de 1732 resolvió el Consejo por unanimidad rechazar la fuerza con la fuerza. Pero necesitándose soldados fieles y decididos para realizar este plan, trató el Consejo de dirigirse á los Jesuitas de las colonias en los términos en que se expresa la relacion siguiente: «Hecha la lectura de las diferentes sumarias y papeles relativos á «los disturbios ocurridos en la provincia del Paraguay, ha resuelto el Consejo, después de una seria deliberacion acerca de la «importancia de los acontecimientos, suplicar á S. E. que ordene al Padre Provincial de la Compañía de Jesús en el Paraguay, «ó á cualesquiera otro que, en ausencia suya, desempeñe sus «funciones, que suministre á la mayor brevedad al Sr. D. Bruno «Mauricio Zabala ó á D. Agustín de Ruiloba, gobernador de la «citada provincia, el número de indios tapés y de las otras tribus, perfectamente equipados, que le exijan, para obligar á los «rebeldes á someterse á la obediencia debida á S. M.»

Visto por el P. Aguilar que los españoles é indigenas se habian insurreccionado contra la Metrópoli, y que no le era dado al poder proporcionarse por de pronto otros medios para rechazarlos que los de apelar á los neófitos, se colocó al frente de siete mil de ellos; mientras que el Padre Provincial ordenaba tomar las armas á toda la poblacion en masa; pero no bien habian logrado reprimir la sedicion, cuando esta victoria obtenida á tan buen derecho hubo de costarles cara. El servicio militar los habia tenido separados de sus tareas ordinarias; pero arrastrando el hambre en

pos de sí todas las enfermedades contagiosas, no tardó en hacer horribles estragos en las colonias, suministrando á los Padres abundante materia en que ejercitar su celo.

En tanto que se ocupaba el gobernador del Paraguay en restablecer en las ciudades y campiñas la autoridad, cuya basa habian conmovido tantos trastornos, aprovechándose de estos disturbios los Guaycurus y Mocabis, conducen el saqueo y la desolacion hasta el seno de la capital. En este apuro recurre el Gobernador á las milicias de los catecúmenos; anuncianles los Jesuitas que deben marchar á la defensa de sus hermanos aniquilados á favor de las luchas intestinas; conságranse aun una vez estos cristianos á la salvacion de todos; rechazan á los Guaycurus, vencen á los Mocabis, y vencedores do quier que llevan sus armas, vuelven á entrar bajo la direccion de los Padres en el Sancta Sanctorum, de donde no salen en adelante sino para defender la Religion y la madre patria.

Estas guerras, hijas de una revolucion, no habian podido coartar el impulso dado á las misiones por los hijos de Ignacio. Conociendo al fin la corona de España que solo en las reducciones podria encontrar súbditos fieles, estimuló á los Padres á emprender nuevas excursiones, otorgando Felipe V al General de la Compañía la facultad de enviar en lo sucesivo al Paraguay un cierto número de Jesuitas no españoles para fomentar mas y mas la industria entre los neófitos. Viendo el Virey que la ciudad de Tarija se hallaba cada vez mas expuesta á los insultos de los Chiriguanes, se propuso parapetarla contra las agresiones sometiendo á estas tribus, que le permitirian extenderse hasta el Chaco; pero sabiendo que la intervencion apostólica era mucho mas eficaz que la de los ejércitos, exige del P. Herranz algunos operarios que se ocupen en desmontar este terreno. Designados por el Provincial los PP. Lizardi, Chomé y Pons, saben, al llegar á Tarija, que se les ha declarado la guerra á los naturales, y que tratan de imponer á los vencidos, como única condicion de paz, la mision de los Jesuitas. Estos, que no se habian propuesto civilizar á los Chiriguanes á favor de las armas y la violencia, sino por medio de la caridad, rehusan asociarse á semejante designio; y cerciorados de que no léjos de la ciudad existia una colonia abandonada, marchan en busca de los salvajes, con el objeto de poblarla; atraviesan las montañas, introdúcense en el fondo de los bosques,

vadean algunos rios desconocidos, y arrostran impávidos la intemperie de las estaciones. Es verdad que tamaños peligros é incomodidades no se ven coronados del éxito; que los indios apelan á la fuga al verlos aproximarse; y que, aun á veces los engañaban con falsas apariencias de commiseracion con el objeto único de entregarse al descanso; pero, si su salud se alteraba á fuerza de tanta fatiga, sosteníalos incesantemente su ardor. Alarmados durante este intervalo los neófitos de la Concepcion á causa de la turbulencia de los Chiriguanes, sus vecinos, piden al P. Lizardi que pase á protegerlos. Avisado de nuevo el 13 de mayo de 1735 de que las tribus del valle de Ingré se disponian á acometer á las reducciones, llégase al altar sin tomar precaucion alguna, y en tanto que se ocupa en la celebracion del mas augusto de los misterios, cae sobre la colonia un peloton de Chiriguanes; apelan los neófitos á la fuga, y el Jesuita es llevado cautivo. Empero, no pasó mucho tiempo sin que sus fuerzas se viesen agotadas á impulsos de las violencias y del frio; y visto por los salvajes que no tardaria la muerte en apoderarse de su víctima, despojándole de sus hábitos, colócanle en la cima de una roca, y haciéndole servir de blanco de sus flechas, le asesinan en 17 de mayo de 1735, cuando apenas contaba treinta y nueve años. Deseando sus neófitos, luego de su regreso á la Concepcion, en 7 de junio, averiguar el destino que cupiera á Lizardi, recorrieron el territorio en busca suya, y hallaron el cadáver medio destrozado por las aves de rapiña, el breviario abierto por el oficio de difuntos y un compendio de las Constituciones de su Instituto al lado de su Crucifijo. Hubiérase dicho que el Mártir habia intentado rezar por sí mismo las últimas preces de la agonía, ó que, al morir de un modo tan desastroso, habia querido rodearse de todas las imágenes, de todos los recuerdos gratos á su corazon, ya como cristiano, ya como Jesuita.

Habiase quedado solo el P. Pons; quien, reuniendo y conservando los restos de la colonia, quédase entre sus catecúmenos, mientras el P. Chomé se encamina á la tribu de los Chicas. Todos estos desastres no bastaban á paralizar el movimiento emprendido. Si los Zamucos asesinan á un misionero por los años de 1723, no faltan otros que acudan á esta comarca á continuar la obra que solo podrá interrumpir la muerte: si el P. Hervás sucumbe á las fatigas del viaje, el P. Castañares, su compañero, pasa, después

de sojuzgar á los Zamucos al Evangelio, á la colonia de los Chiquitas, intitulada de San José, y avanza en seguida sin detener un paso al país de los Zatiénos, donde se ve rechazado por la fuerza. Nada era capaz de desalentar á los Jesuitas, quienes hacia ya tiempo que alimentaban la idea de encontrar un punto de comunicacion entre las diferentes provincias de este continente. El uno creia hallarlo en los rios; otro lo buscaba en las montañas y cordilleras; y todos de consuno estudiaban las corrientes y declives con una sagacidad enteramente geográfica; pero sin que bastase este objeto de utilidad á distraerlos del principal, se mostraban apóstoles antes de revelarse hombres científicos. Mas no tardó la península Ibera en mirar el prestigio que en estas regiones la habian creado los Jesuitas, ya como un motivo de júbilo, ya como un objeto de recelo, segun las circunstancias. El aislamiento en que los Padres tenian á los neófitos hacia concebir serias y graves sospechas, que pronto eran convertidas en realidad. Ya se habian dejado ver varios prelados y gobernadores del Paraguay manifestando algunos temores sobre el influjo que ejercian los misioneros; ya se los propalaba á rbitros absolutos de los corazones y voluntades de sus neófitos; y ya, en fin, apoyándose D. Martin de Barua en esta especie de omnipotencia y en la manera del pago adoptada por las reducciones tributarias de la Corona, habia sabido provocar en Madrid serias inquietudes. El P. Gaspar Rodero habia contestado á estos ataques, que el Consejo de Indias vacilaba en tomar en consideracion; y el P. Aguilar habia dirigido al Rey en 1737 un memorial justificativo. Los hechos habian sido desnaturalizados de tal modo, que el Consejo rehusó inmiscuirse en ciertos odios personales y en ciertas desconfianzas que tendian á comprometer el porvenir del país; y seis años mas tarde, el de 1743, después de haber hecho Felipe V examinar los medios de accion de los misioneros, su sistema de enseñanza, y la grave cuestion del completo aislamiento de los neófitos, aprobó cuanto se realizaba en el Paraguay.

En medio de las intrigas de que eran objeto en Madrid, no dormian los hijos de Ignacio. Verdad es que todo habia sido obra de sus manos, y que los salvajes no habian pasado á ser hombres sino por su intervencion; pero era indispensable que cada generacion de Padres pagase al Evangelio su tributo. Habian fundado treinta colonias, á las que sostenian en la piedad por medio del

retiro espiritual, y en el amor del trabajo á favor de las recompensas. Sus colegios prosperaban visiblemente; la luz empezaba ya á penetrar, merced al espectáculo de las virtudes y felicidad que reinaba en las tribus cristianas; pero existian aun otras á quienes era indispensable emancipar. Habiendo pasado algunos Mocabis á visitar el colegio de Corrientes, suplican que les acompañen tres ó cuatro Padres al país de los Abipones, que por tanto tiempo se han resistido al ejército español: pónense en camino los Jesuitas bajo la direccion de Castañares, y llegan á reunirlos en colonia. Hacen en seguida los Mataguayos la misma súplica, dirígese Castañares á esta comarca en 1744; y apenas ha puesto el pié en ella, cuando parece víctima de su confianza.

En tanto que el P. Yegros, dirigiéndose en busca de los Tobatinas, que hacia diez años que andaban errantes sin dejar vestigio alguno de su paso á través del desierto, consigue después de once años de continuas correrías alcanzar á estas familias nómadas, estableciéndose en seguida entre un pueblo inconstante que no quiso regresar á su colonia, acuden otros misioneros á secundar sus esfuerzos, y logran hacer gustar á los Tobatinas los sabrosos y apetecibles frutos de la civilizacion. En el mismo año, y mientras que el P. Herrera penetraba entre los Guenoas, otros Jesuitas se abrian paso por las regiones Magallánicas. Los Pampas y montañeses Tuelches todo lo concebían y practicaban al revés de las demás tribus: todo en ellas era estrambótico, su culto lo mismo que sus costumbres; mandaban los hijos, y los padres obedecían. Amantes hasta el deleite de la pereza, jugadores como los franceses, codiciosos como los ingleses, el único vestigio de ley natural que en ellos no se habia extinguido al través de tantos siglos de embrutecimiento era la creencia de la inmortalidad del alma. Océpanse desde luego los Jesuitas en neutralizar su insaciable prurito de cambio de domicilio; dulcifican poco á poco su barbarie, combaten con dulzura su natural viciado, les enseñan el arte de cultivar la tierra, y los ganan al cristianismo, aun antes de haberles revelado todas las ventajas de la civilizacion. Luego que llegó á oídos del Monarca español esta nueva conquista de la fe, trató de adoptar medidas para secundar el desarrollo de un gérmen tan fecundo de riquezas; y deseando enviar nuevos operarios á estas regiones, los pide al General de la Compañía, que no tardó en acceder á sus instancias, nombrando para esta comi-

sion á los PP. Quiroga, uno de los marinos mas distinguidos de la Península antes de su ingreso en la Compañía, Matias Strobl y Cardiel, quienes pasaron á bordo de la fragata *San Antonio*, mandada por Joaquin de Olivares. Encargado Quiroga de la doble mision de explorar, como marino, estos parajes, buscando en ellos una bahía cómoda en que pudiesen fondear los buques, y de crear, como Jesuita, nuevas colonias, se dedica con afán al desempeño de ambas funciones; pero después de haber superado milares de obstáculos y peligros, se vieron precisados á renunciar á su empresa, puesto que una gran parte de la Patagonia rehusó obstinadamente el beneficio del Evangelio.

Los Jesuitas habian llegado á formar una sola nacion de todas estas tribus desconocidas entre sí, constituyendo un pueblo de hermanos; pero aun existian en el fondo de los desiertos, en la cúspide de las montañas y en las márgenes de las lagunas y rios, otros salvajes á quienes no se habia predicado el Evangelio. Disfrutaban las colonias del Paraguay de una ventura tan constante, que entusiasmados con este triunfo los sucesores de san Francisco Javier, trataron de penetrar en el centro de una region en que los padecimientos de toda especie parecían desafiar á su ardor por la salvacion de las almas. Habian sabido hacer tan agradable á unos seres embrutecidos el yugo de la obediencia, del trabajo y de la familia, que la república cristiana del Paraguay venia á ser para todos un perfecto modelo. Bien pronto se dejaron ver en la América meridional otros miembros del Instituto que marchaban á la conquista de nuevas tribus. Decíanles que todavía eran mas sanguinarias y corrompidas que aquellas, cuyos feroces instintos acababan de domesticar; y les hablaban especialmente con indecible pánico de la nacion de los Moxas, especie de amalgama de diferentes tribus, que vivian bajo la zona tórrida, sin leyes, sin gobierno y sin religion, y cuya justicia estribaba en la venganza individual, venganza que encontraban siempre en sus emponzoñadas pócimas, ó en la punta de sus flechas; pero todos estos relatos se convertían en un nuevo estímulo para los misioneros. En vano habian estos tratado hacia ya siglo y medio de franquearse un camino por este país de desolacion. Mas feliz sin embargo el P. Cipriano Baraze, parte de Lima en 1675 en union del P. Castillo, y esforzándose en remolcar su frágil esquife hácia el origen del Guapay, llegan después de doce dias de navegacion á esta co-

marca, cuyo clima, idioma y estúpida ferocidad de sus naturales, eran un obstáculo insuperable. Empéñase el Jesuita en triunfar de él por medio de la paciencia; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. La fiebre de que se había visto atacado á su ingreso en este país redobló de tal modo su intensidad, que se vieron precisados sus superiores á llamarle á Santa Cruz, donde este celoso apóstol, que no podía pensar en otra cosa que en sus salvajes, concibió el extraordinario proyecto de aprender el oficio de tejedor, para enseñarles á fabricar telas. Alegre con su nuevo oficio, regresa ya restablecido de su enfermedad á la tribu de los Moxas, de la que á fuerza de agasajos y una entera sumision á sus caprichos, logra formar una cristiandad. En seguida, y cuando estos pueblos hubieron saboreado los primeros frutos de la civilizacion, confia su cuidado á otros misioneros de la Compañía, y se lanza hácia otras regiones donde le aguardan peligros mas ciertos. Solo, sin guia y sin direccion, recorre las montañas y los bosques, hasta que descubriendo nuevas criaturas humanas todavía mas depravadas, y que alimentaban entre sí odios implacables, se dispone á domesticar por medio de su virtud estas naturalezas sanguinarias. Viósele mas de una vez sentarse en medio de estas hordas, tomar parte en sus conversaciones, conformarse con sus menores movimientos, imitar sus gestos ridículos, dormir bajo sus tiendas, alimentarse con sus nauseabundos y repugantes manjares, hacerse salvaje, en fin, por complacer á los salvajes.

Habiéndose dedicado, como la mayor parte de sus colegas destinados á las misiones, al estudio de la medicina y cirugía, hízose desde luego su enfermero: lavaba y curaba sus heridas; vigilábalos durante el dia, y asociábase á sus insomnios nocturnos. Esta inexplicable filantropía sorprendió de tal modo á los naturales, que bien pronto aprendieron á honrar á Dios, que inspiraba tamaños sacrificios, y pasaron á confesarse vencidos sin combate. El Jesuita, que poseia el don del convencimiento, después de haber reunido estas tribus dispersas en una colonia bajo la advocacion de la Santísima Trinidad, se dedicó á desbastar sus groseros ingenios; y convirtiéndose en legislador y artista, les enseñó los oficios mas necesarios, entre ellos la agricultura y albañilería, pasando después á imponerles caciques, con el objeto de impedirles retroceder á la vida nómada. Vista la esterilidad del país,

ofrece á sus hijos varias reses de ganado vacuno, que el mismo pasaba á comprar á Santa Cruz: constitúyese en seguida arquitecto; enséñales el arte de edificar, del que no tenían nocion alguna; construye dos iglesias, y después de haber dispuesto á estos infortunados á tener apego á la existencia, los coloca bajo la salvaguardia de otros Jesuitas, y continúa su marcha. Infatigable y dispuesto siempre á triunfar por medio de la dulzura, llega Cipriano, caminando de tribu en tribu, y de peligro en peligro, al país de los Guarayus, pueblos crueles y sanguinarios que salian á caza de hombres, devorándolos en sus horribles festines; pero apenas ha conseguido el misionero poner el pié en esta comarca, cuando se les ve renunciar á este indigno placer, que para ellos se había convertido en necesidad; y de allí pasa Baraze á la morada de los Tapacures y los Baures.

Hasta entonces, el camino desde el Perú hasta el país de los Moxas, centro de su mision, había sido tan largo como difícil; pero el hijo de Loyola aceptaba con júbilo todos estos padecimientos, al paso que esperaba disminuirlos en favor de sus colegas. Visitando las montañas, internándose en las lagunas pestilenciales, arrostrando con la cabeza descubierta los ardores del sol de la zona tórrida y las emponzoñadas picaduras de los mosquitos, dió, por fin, en el sendero que debía resolver su problema geográfico. Cuando le hubo indicado, entrevió de léjos el país de las Amazonas, y regresó al país de los Baures. Apenas hubo arribado á esta tribu, cuyos vicios se aproximaban un poco mas á la civilizacion, le hicieron pagar bien cara su confianza, asesinándole bárbaramente en 16 de setiembre de 1702, y á los veinte y siete años de apostolado. Empero, si Baraze acababa de sucumbir víctima de su caridad, dejaba en la Sociedad numerosos imitadores, al paso que entre los Moxas un pueblo tan admirablemente dispuesto, que los misioneros no tenían mas que sembrar para recoger una abundante cosecha de cristianos. La obra del Mártir prosperaba con tal rapidez, que poco después de su muerte ofrecia el mismo cuadro de felicidad aislada que las reducciones del Paraguay. El P. Nial, uno de los Jesuitas que la dirigian, escribia á la sazón al P. Juan Dez en los términos siguientes:

«Nuestros Padres acaban de formar en ella de quince á diez y seis poblaciones, todas ellas casi iguales, fuera de las cuales se designa á cada familia la porcion de tierra que debe cultivar.

«Existen bienes comunes destinados á la Iglesia y al hospital. Al principio de cada año se nombran los jueces y magistrados, que entienden en el castigo de los delitos. En cada una de estas poblaciones se hallan dos de nuestros Padres, á quienes muestran los indigenas la mayor deferencia; si bien ellos por su parte no economizan el afecto. Nada mas hermoso que las ceremonias religiosas. Cada una de las iglesias, edificadas hasta el dia con la mayor elegancia, tiene su órgano, cuya música encanta á los indios. Estos, por su parte, han tratado de embellecerlas con varias obritas de pintura y escultura, lo que, unido á las limosnas de algunas personas piadosas, hace que cada vez podamos hermohear con mas gusto estos templos, objeto de la admiracion de nuestros sencillos neófitos. Para remediar á la diversidad de dialectos entre estas tribus, se ha escogido el mas fácil de todos ellos, haciéndole el idioma comun, que todos deben aprender á favor de una gramática que se ha compuesto, y que es estudiada en las escuelas. El superior de la mision ha elegido para su residencia el centro de la poblacion, donde tambien está situada la biblioteca, el laboratorio de farmacia, y el lugar que sirve de retiro á los misioneros.»

Teatro privilegiado de los españoles y portugueses la América meridional, como lo era la septentrional de los Jesuitas franceses, las colonias establecidas entre los Guaranis, Chiquitas y Moxas rayaban en el apogeo de la ventura al mismo tiempo que las riberas del Marañon ó rio de las Amazonas¹ se cubrian de neófitos. Y no solamente les fue preciso luchar con los padecimientos y calamidades de toda especie para aclimatar la fe en el centro de estas poblaciones; no solamente tuvieron que combatir la ignorancia de unos, el embrutecimiento de otros, y la estúpida ferocidad de todos: vino un dia en que lanzándose el protestantismo sobre la nueva colonia, se apoderó, por medio de los holandeses, sus secuaces, de la isla y ciudad de Marañon, siendo el primer cuidado de estos herejes el de exterminar todas las señales del catolicismo. Al aspecto del peligro que amenaza á la Religion, los PP. Benito Amodei y Conto sin consultar mas que á su valor, ex-

¹ En la mayor parte de las relaciones conservadas en el archivo del Gesu, este rio y la comarca que baña son denominados el Marañon. Algunos geógrafos, entre otros Malte-Brun, le dan el título de Maranon ó Maranhao; pero nosotros hemos creído deber dejarle su antigua denominacion.

citan á los portugueses é indigenas á sacudir el yugo holandés: predicán la insurreccion; colócanse á su cabeza; estalla en todos los puntos el 20 de febrero de 1644, y arrojan de la colonia á los holandeses. Deseando el gobernador Tejeira de Mello conservar la memoria de este servicio prestado á la Religion y á la monarquía, declara por medio de un acta pública expedida en 14 de marzo de 1647, que el triunfo de tan arriesgada empresa se debe enteramente á los misioneros. Estos, entre tanto que acababan de arrancar el Marañon de los brazos de la herejía, exigen de la casa de Braganza la recompensa de su sacrificio: en 1609 habian obtenido la abolicion de la esclavitud en el Brasil, y solicitaron igual beneficio en favor del país de las Amazonas. El Monarca portugués accedió sin demora á la humanitaria solicitud que presentaron los Jesuitas; pero mirada por los negociantes esta emancipacion elevada á principio, como un origen de su ruina, acusaron á los hijos de Ignacio, como lo habian hecho en Méjico, en el Perú y el Brasil, de usurpadores del poder en detrimento de la Metrópoli. Organízase la calumnia, amenazan sus dias, y en el momento en que el P. Vieira desembarca en la ribera del Marañon, es acogido con gritos de rabia por un populacho insolente que reclama su cabeza.

Antonio Vieira, el orador, el jurisconsulto, el diplomático del Portugal, el hombre, en fin, que poseia la confianza de su soberano al par que la estimacion de los monarcas extranjeros, hubiera podido vivir feliz en la embriaguez de la gloria; pero abandonándolo todo para emprender la carrera de las misiones, y visto que la del Marañon era la que presentaba mayores dificultades, lánzase á ella con avidez; y á pesar de las instancias del Rey, sale de Lisboa el 16 de enero de 1653. Dotado de un carácter enérgico y conciliador, consigue dominar todos estos odios interesados, y da principio á su predicacion; propagando de tal manera el cristianismo, con el concurso de los PP. Juan Paira, Gonzalez Veras, Pedro Monteiro, Bernardo Almeida, Juan Maria de Dominis y el irlandés Ricardo Curew, que en el periodo de algunos años se vieron poblaciones enteras haciendo ensayos de civilizacion. Hallábase el Portugal á la sazón en una era de felicidad, y sus armas victoriosas, conducidas por el mariscal de Schomberg, volvian á reconquistar la independencia nacional, triunfando de los españoles. En el año de 1659 dirigió Vieira al Monarca una

relacion del estado de esta provincia, cuyo manuscrito empieza en estos términos :

« En cumplimiento á las órdenes de V. M., paso á darle cuenta « de las misiones del Marañon, y de los progresos que merced á « ellas hace el Evangelio en estas comarcas. Así que, V. M. no « podrá menos de conocer que la Providencia se complace en glo- « rificar do quiera su venturoso reinado; pues mientras se nos han « comunicado en esta las milagrosas victorias de la Metrópoli, nos « vemos precisados á participarle otras nuevas conquistas en favor « de su reino, conquistas que con mayor fundamento se pueden « llamar victorias milagrosas. En esa, Dios es el vencedor, no hay « duda; pero han mediado la sangre, la devastacion y las lágrí- « mas: aquí, solo Dios ha sido el triunfador; nada de efusion de « sangre; nada de guerra ni de ruinas, y sin costar un solo ma- « ravedí: aquí, en vez de los ayes y dolores del vencido, solo se « advierte un triunfo general y placentero, merecedor de los aplau- « sos de la Iglesia, que repara la sangre derramada en Europa por « medio de la adquisicion de los pueblos, naciones y provincias « que gana al cristianismo. »

Vieira y sus compañeros habian emprendido una obra difícil: tendian á civilizar á todas las tribus errantes sobre las márgenes de este rio, el mayor de los conocidos, y que, desde su origen á su embocadura contiene multitud de islas habitadas; y sin embargo, este proyecto, que hubiera bastado á imponer pavor á todos los monarcas de Europa, no hizo retroceder á los Jesuitas. Empezando estos, segun el relato del mismo Vieira, por dividir la mision en cuatro colonias principales, y estableciendo en cada una de ellas, en Escara, el Marañon, Para y el rio Amazona, seis individuos del Instituto, se extendieron en un radio de cuatrocientas leguas de costas, donde se les vió predicar la libertad otorgada por Cristo, al paso que rescatar á los esclavos. Esta doble mision era tanto mas peligrosa, cuanto que habian sido engañados ya tantas veces los salvajes, que no solo no osaban prestar crédito á sus palabras, sino que ocultándose en lo interior de sus montes, é interceptando los desfiladeros, vigilaban armados continuamente por su independenciam, con una astucia que burlaba la misma sagacidad de los Jesuitas. Ya los PP. Gonzalez, Villoso y Miguel Perez habian logrado forzar algunas de estas trincheras: pero necesitaban, para llevar á cabo su plan, atraer

la imaginacion de los indígenas, llamados Neengaibas, entre los cuales y los portugueses habia á la sazón una guerra á muerte. Estas tribus, que en un principio habian acogido á los europeos sin desconfianza entregándose á ellos á discrecion, cuando vieron que la Religion solo era empleada como un pretexto para sojuzgarlos, apelaron á las armas; y parapetándose en lo interior de sus bosques, donde los protegian su astucia y sagacidad, no permitieron reposo alguno á sus enemigos. Sabido por el gobernador D. Pedro Mello que los Neengaibas sostenian relaciones comerciales con los holandeses, y creyendo, no sin fundamento, que semejantes relaciones podian venir á parar en un tratado de alianza que aumentase las dificultades, se decide á llevar adelante las hostilidades con el fin de paralizar la intervencion de los europeos. Apenas habia hecho esta proposicion en el Consejo, cuando conviniendo todos y cada uno de los oficiales en que una guerra de escaramuzas, sostenida por los salvajes al impulso de sus flechas, desde las copas de los árboles ó desde el fondo de sus canoas, no podia dar otro resultado que una pérdida sin utilidad para la Metrópoli, dejaron apercibir en sus semblantes que la emprendian de mala gana; lo cual visto por Vieira, se ofrece como pacificador cerca de los Neengaibas, quienes, sin haber dejado las armas de la mano en el espacio de veinte años, habian asesinado á todos los que se habian presentado como los parlamentarios.

Después de anunciar á las tribus beligerantes que trata de presentarse en la isla en clase de embajador pacífico, les escribe diciendo que su mas grato deseo se reduce á trabajar en favor de su reposo. Los Neengaibas, que habian ya oido á los esclavos hablar de su caridad, y que no ignoraban que los Padres eran los mas elocuentes defensores de su causa, fiados en la palabra de Vieira, acuden al colegio de los Jesuitas, y conducen á los piés del Misionero los rehenes que le sirvan de garantía. Escoltado de una multitud de barcas cargadas de indios, se aproxima Vieira á la orilla del rio, donde ya le aguardaban otros tantos que, con incesantes gritos de júbilo, respondieron á las demostraciones amistosas de los portugueses. Para recibir al Misionero con decoro y dignidad, habian erigido los Neengaibas una iglesia y una casa, llamando en seguida á la entrevista á todos los jefes de las naciones vecinas. El Jesuita, á quien ellos apellidaban Padre, se